

El silencio

(En el Rep. Amer.)

Se ha dicho muchas veces que la palabra es dón divino del hombre, que por ello el verbo se hace expresión después de hacerse carne en el hombre. Pero la palabra misma, cuando no es mero vocablo, grumo sonoro sin pretensiones alcanza su máxima riqueza si brota y florece bien tejida, en su raíz de silencios vivos. La palabra ardiente del creyente, del poeta, del profeta, del místico, del amante, se electriza de sus temblores inefables precisamente sumergiéndose en meditaciones previas, en silencios interiores. Sólo es viva aquella palabra que ha mojado ávidamente sus raíces, en silencios. La palabra grave, la palabra honda, solemne o magistral, sale siempre purificada, enriquecida, de las aguas del silencio. La impremeditación, la improvisación, la desgana expresiva, dan siempre la palabra hueca, avellanada, sin peso ni sustancia; la palabra sin vida y formalista que no se ha nutrido de silencios vivos, en que el espíritu la amamanta. La definición que de la poesía daba Carlyle, diciendo que es "acción simultánea de silencios y palabras", es redundante, puesto que sólo hay palabra, palabra poética, allí donde hay un silencio materno en que se engendró.

Pero el hombre, además, habla con sus silencios y oye e interpreta el silencio espeso o fino de las cosas que duermen. Rodeado de silencios exteriores, la soledad se le agiganta y su conciencia crece. De ese silencio de fuera se empapa y fertiliza, vertiéndolo hacia dentro. Para decidir, para rezar, para resolver, para meditar, el hombre "guarda" silencio, lo acarrea dentro de sí, lo interioriza o fecunda. El desierto o la noche sólo son silencio atónito de quien tiene algún recuerdo del primer amanecer del mundo y la mudez orante de quien se sabe originado de lo divino. En realidad el silencio de las cosas es proyección poética del hombre; es éste quien les inyecta silencio y lo comprende. El hombre es el único animal que calla, que se expresa en silencio. Y además entiende el silencio tremendo de las cosas como un rumor sutilísimo de la palabra divina que acaba de sonar. El silencio de la noche que anda, el de la estrella que tiembla, el del río que se duerme, el de la piedra que se hunde en su torpeza o el de la flor castísima que espera encendida un jardinero, sólo tiene sentido para el hombre que es, quizás quien ha ido reclamando en ellas un vestido de silencio. El zumbir del viento, el reír del ave, la quejumbre o la canción del agua son también silencios y mudez para todo lo que no es el hombre. El macho que oye a la hembra en celo "no sabe" que la oye y, por lo tanto, no sabe que hay silencios. De la misma manera que ningún animal

es ignorante, porque el ignorar supone un saber que se ignora y esto sólo lo sabe el hombre, que es por eso, tanto como "homo sapiens", un "homo nesciens, insciens o insipientis"; así el silencio supone la conciencia de un callar, y sólo calla quien, pudiendo hablar, no habla y hace de ese no hablar un modo de expresión. Ningún animal hace expresión de sus silencios salvo el hombre. Sólo el hombre puede expresarse con negaciones reales: cuando calla, cuando miente, cuando ignora, se disfraza, se niega y se "abnega". Por eso es el único ser que oye el silencio y lo interpreta en su voz lentísima, inefable.

Todo hombre, en su vida profunda, ama el silencio. Está mimbrado de interiores, de soledad e intimidad, y los ruidos le desperfuman haciéndole exterior y "ajeno". Por eso, tras del silencio expresivo, viene el rezo munitado, la nana somnolienta, el verso confidencial, el diálogo amoroso, formas todas apenumbreadas de silencio. El grito, el ruido, la barahunda, desecan y empobrecen a quien tienen mucha vida interior, mucho tesoro de silencios. Por eso, el silencio de las cosas nos invita a entrar en nosotros mismos, volviéndonos a nuestra intimidad. Es la "sofrosyne" del griego, la impassibilidad del estoico, la paz del cristiano, la "escondida senda de Fray Luis, la "soledad sonora" de San Juan de la Cruz, "el maravilloso silencio" de Cervantes, el "dulcísimo lenguaje del silencio" de San Francisco de Sales.

Soledad, paz y silencio se nos entrecruzan, pero no debemos confundirlos. A veces el silencio no da soledad, como al poeta, por ejemplo, sino muchedumbre de evocaciones. Otras veces, hay silencio y no paz, como en las luchas y agitaciones interiores del hombre remordido e indeciso. A veces de nuestros silencios salimos aturridos de voces interiores, sucesos de ideas y maltratados de la discursión,

Con esta acreditada Agencia obtiene Ud. la suscripción al

Repertorio Americano:
The Moore-Cottrell
Subscription Agencies
Incorporated
North Cohocton, New York

STECHELT-HAFNER, Inc.

Books and Periodicals
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.
Con esta Agencia puede Ud.
conseguir una suscripción al
Repertorio Americano

como tras la zambullida marina salimos sucesos de algas, mareados y confusos.

No sabemos qué escondida maravilla hay en el silencio del hombre. El silencio de una multitud nos sobrecoge e invita a la meditación; el de un hombre que medita, nos impone respeto, Hamlet no se atreve a matar a quien esté rezando en silencio. En cambio, la soledad del campo transida de rumores, de zumbidos, de sonidos rotos o lejanos, nos parece hervir de silencios y nos impulsa a hablar o gritar. Tras una música de locos ritmos, nos parece silencio la melodía de una música lenta y lónguida, como al molinero le aturde la ciudad y le sirve de sedante el ruido de su aceña. Hay silencios cristalinos, como los de las noches serenas; y silencios gruesos, como los de las siestas en el campo; y silencios temblorosos como los del hombre que acecha o teme. Y silencios gloriosos, como el de la madre que mira al hijo dormido y el del poeta que contempla su obra.

Pedro CABA.

Valencia, España. 1949.

Bienvenido

(Atención de la autora, en Santa Cruz de Guanacaste, Costa Rica).

(Cuento popular guanacasteco, para los niños americanos, en las gentiles manos de Mts. Doris Stone, sabia e inteligente indigenista que visitó esta tierra de sol y de tradiciones en mayo de 1949. Atentamente,—María Leal de Noguera).

Esto sucedió, claro está, en tiempo aún de reyes, duques y condes. De esos tiempos en que el rey era dueño y señor de las personas y de sus haciendas.

Un leñador llamado Pascual, tenía su casita en los confines de un condado, lejos de la capital del Reino. Su esposa se llamaba Perfecta y tenía doce chacalines, como una marimbita y a cual más panzoncito.

El menor de los chiquillos tenía un año, y el mayor ya le ayudaba al padre en algunos quehaceres, como arrear las vacas, dar vueltas por los sembrados y recoger leña.

Un día Pascual iba muy orondo con su hacha al hombro en busca de leña, cuando allá por media montaña y entre unos matorrales oyó llorar un niño recién nacido. Fue

a ver y se va encontrando un precioso chiquito envuelto en hojas de *piriquitoya*, como un panal de miel.

—¡Qué lindo! —se dijo el buen hombre. Ahora se lo llevo a mi mujer para que lo cuide, ¡tal vez será el Niño Dios!

Olvidó la leña y alegre regresó a su casa con el lindo muñeco. Pero, Dios mío, al verlo venir la Perfecta, le salió al encuentro y le dijo:

—¡Idiay, niño, ¿qué tr'es en esas hojas de *piriquitoya*?

—¡Mirá, vos, ¡qué chacalín más lindito!, contestó el leñador.

—¡...Mm... hj...! Qué cabeza la tuya, no sirve ni p'a *posol*. Como si fueran tan poquitos los muchachos que tenemos, venís con otro. Vos qué. Vos te vas p'al monte y yo me quedo enredada con el muchachero. Bueno. Vos verés qué hacés con él. Lo que soy yo no lo toco ni con un palo.

Diciendo esto la mujer del leñador, le volvió la espalda al pobre hombre y se metió en la cocina con el pico bien estirado. Mas, al

Octavio Jiménez A.
ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: 25 vaars al Oeste de la
Tesorería de la Junta de Protección
Social

TELEFONO 4184
APARTADO 338